



Odette Alonso, “Antología de la poesía cubana del exilio”, Valencia: Aduana Vieja Editorial, 2010, 300 págs. Ilustración de la cubierta: La más vieja máquina del mundo de Margarita García Alonso

El mecanismo principal que mueve las publicaciones antológicas es la subjetividad pues siempre incluyen una especie de suerte, ya que el antólogo se ve obligado a encadenar en secuencias textos diversos con el propósito de elucidar movimientos literarios, diseminar los mejores estudios críticos o dar a conocer autores y obras desconocidos. Las antologías tratan de borrar fronteras y con esto surgen las limitaciones; la necesidad de establecer criterios en cuanto a cómo justificar y relacionar un texto con otro. Estas limitaciones se hacen visibles en la reciente *Antología de la poesía cubana del exilio* de Odette Alonso Yodú, quien estructura la misma atendiendo a un criterio muy personal: incluir solamente a aquellos poetas cubanos que estuviesen vivos y viviendo fuera de Cuba. Alonso parte de la base de que las antologías nunca dicen la “última palabra”, sólo son “eslabones de una cadena”, citando palabras de su introducción, “Las cuatro puntas del pañuelo”.

En esta *Antología* se nos presentan ciento cincuenta y seis poetas, los que pertenecen a diferentes generaciones y salieron de Cuba en distintas épocas a causa de los acontecimientos que acompañaron la Revolución de 1959. Todos son “ciudadanos del mundo” y viven en Ecuador, Costa Rica, España, Estados Unidos, Francia, México, y Portugal; es decir escritores cosmopolitas agrupados en el espacio catastral y generador del “discurso del exilio”. El “exilio” como tropo literario en la reverberación del lenguaje usado entre otros por Ladislao Aguado y Gladys Zaldivar, en “Calle Martí 135. Oeste” y “Memoria de una casa”, poemas con los que se abre y cierra la colección.

En la estructura del libro no hallamos perspectivas cronológicas ni divisiones en capítulos o secciones; los poemas aparecen escritos tanto en versos como en prosa, y cada poema está encabezado por breves notas biográficas sobre el autor. En la introducción se citan fragmentos de estudios o definiciones acerca de la literatura del exilio y de la diáspora cubana expresados por Guillermo Cabrera Infante, Iván de la Nuez, Lourdes Gil, y Jesús Barquet a través de los años, y a continuación se ofrecen los poemas.

Esta “estructura de lectura” reafirma la posición crítica de Alonso que como habíamos comentado anteriormente, sólo aspira a que su libro se conecte con otros libros sin establecer jerarquías ni fomentar ejemplificaciones. Mediante esta estructura se abandona el ejercicio formal de la cronología y se aborda la del compromiso: el dar a conocer las voces dispersas de aquellos que reflexionan o sienten la necesidad de escribir sobre el fenómeno histórico del destierro.

La nostalgia, la ausencia, el desarraigo, la espera, temas asociados al “discurso del exilio” aparecen una y otra vez en la producción poética de los poetas presentados, pero no son los únicos. Hallamos evocaciones sugestivas en la forma en que

los hablantes, los sobrevivientes, se refieren al paso del tiempo, el cual viene representado por el “licor”, bebida que no se rehúye a pesar de que implica la muerte; un “cuentagotas”, cuya finalidad es la de confiscar vidas como leemos en “Filón” de Manelic. R. Ferret y “Poema del olvido” de Raúl Dopico. Encontramos voces que se lamentan, advierten, reconstruyen o rescatan espacios ya sean internos o externos; seres que se niegan a aceptar la derrota física de las ciudades y sus habitantes; sujetos que huyen de la militancia testimonial y otros que la abrazan; habitantes cansados del exilio, resaltando la extrañeza del mismo o resumiendo el dilema existencial del desterrado, en “Cuba no es mi país” de Antonio Conte, “Inscripciones” de Almelio Calderón Fornaris, y “II Londrés Latino” de Eliana Rivero.

La contemplación del mundo, la resistencia a admitir el deterioro de las ciudades, el tratar de dilucidar las raíces del *inxilio* y *desexilio* o las dramáticas canalizaciones del amor frente a la “casa” que no existe, descrita a veces como “nido de buitres”, y de la que se no declaran dueños no por “leyes” sino “por derecho de muertes y partos”, la hallamos en “La extraña sensación con que he vivido” de Cira Andrés, “Mejor el patio” de Juan Cueto-Roig, “Transacciones” de Jesús E. Barquet, “Exilio” de Mariana Torres, “Portales de la calle Infanta” de Odette Alonso, “Al otro lado del mundo” de Alejandro Lorenzo, la “Última casa de ceniza” de Germán Guerra y en el poema sin título de Leonardo Hernández Cala.

La *Antología de la poesía cubana del exilio* de Odette Alonso logra su cometido: servir de “puente” revelando la relación estética –ideológica que existe entre ésta y otras antologías a través de la congregación de ciento cincuenta y seis poetas cubanos.

María Zielina